9 Febrero.

VI

Más de tres años han pasado sin que yo añadiese á mis *Memorias* ninguna nueva página, y pues en la composición y redacción de aquellas llegué á tocar los tiempos actuales, desde hoy sólo escribiré de tarde en tarde, separando así prudencialmente lo escrito de lo vivido único medio seguro de ver á través de los sahumerios fantasiosos de la evocación, las cosas y personas según fueron y no invertidas ni trocadas.

Como me ocurre siempre que disfruto de reposo y de espacio para examinarme por dentro, siento que mi espíritu va suavizándose, perdiendo sus agrios contornos primitivos, limándose como esas piedras errabundas que el agua llevó muy lejos del sitio de donde fueron arrancadas: ahora, como cuando niña, suelen acometerme reparos y enternecimientos ilógicos: así, por ejemplo; creo á ratos que soy inocente y pequeña otra vez, y me preocupa la opinión que las gentes puedan formarse de mí. No extraño que á cierta edad comiencen á mordernos las malas ideas hijas de la experiencia y del desaliento. Las mujeres aviejándosey sabiendo que todo envejece á su alrededor, son como los arroyos, que según van secándose ven marchitarse las flores que exornaban sus orillas; porque ellas son el contento y la risa, rocío de la vida, y cuando enmudecen el júbilo de los demás, eco ó copia del suyo, las vuelve la espalda

¿Dónde iré yo á parar pobre hoja seca lanzada á los revueltos vientos del capricho? ¿Habrá un poco de respeto y de paz para mis últimos años? Y cuando muera, ¿dónde reposarán mis huesos? A veces me veo enterrada en la cripta de mi iglesia, cerca de mis padres, bajo la torre donde anualmente las campanas doblarán por el reposo eterno de aquellas dos almas que tanto amé; otras veces imagino que tan bellas ilusiones se desploman y que voy á ser enterrada en la fosa común, entre un ladrón y una alcahueta...

Actualmente habito aquel hermoso piso segundo de la calle Caballero de Gracia, que recuerdo haber descrito prolijamente en otra parte. Los retratos de amigos y amigas, que allí guardo, fortalecen estas nostalgias, cada día más duraderas de mi espíritu, pues demuestran las injurias irreparables hechas por el tiempo á la belleza. Carmen Arellano, aquella bohemia, loca y feliz á quien jamás intimidó la miseria, había enfermado de la vista y comenzaba á perder la irreflexión pueril que todas envidiábamos: Agustina Cáceres, económica y previsora como aquel Fiorentino que de los cien francos que le dieron por el empeño de reloj, guardó cincuenta en la Caja de Ahorros, se retiró á su pueblo con un capitalito de doce á catorce mil duros, con los cuales pensaba vivir tranquila y honestamente; otras compañeras habían desaparecido totalmente ó vivían alejadas, dedicadas á cul-

tivar el corazón del último amante, buscando todas para su vejez un puerto de refugio. Yo misma, tan fuerte para la pelea, me siento declinar. «Sólo se empinan los pequeños,» decía Diderot. Yo también comienzo á empinarme, procurando descollar sobre las pecadoras que las nuevas generaciones van lanzando contra el imperio y poderío, un poco antiguos ya, de mi belleza. Mas no sé cómo componérmelas para satisfacer mi gusto sin raspadura ni quebranto de mis intereses: á veces pienso que el vizconde del Pretil, tan bueno, tan generoso y tan viejo, será la salvación de todos los míos; y cuando me hallo más resuelta á quererle y esclavizarle por cuantos medios juzgo hábiles y conducentes á tal fin, mi capricho interroga á mi previsión: «¿Y Julio, qué haces de él?... Ante cuya pregunta, todas mis cábalas se desploman.

Felipe Reina me quiere mucho, especialmente desde cierta noche en que reñimos por una intemperancia mía que, afortunadamente, lejos de rebajarme á sus ojos, me dignificó y ensalzó por todo extremo. Fué después de cenar: yo estaba sola en el gabinete, abismada en uno de esos accesos de negra melancolía que con tanta frecuencia me acometen ahora. Era el día 11 de Diciembre: yo, sentada delante de la chimenea, con los codos sobre las rodillas y la mirada inmóvil, pensaba que cinco ó seis años antes y en otra noche como aquélla, el marqués de Lágaro se había suicidado por mí. Estas meditaciones solitarias, son las oraciones que los descreídos rezamos sin palabras por el descanso de los muertos. Recordando á Paco Narbona, recompuse aquellos tiempos que, si no aventajaban á los actuales en fastuosidad, sí les sobrepujaban en desgobierno, disipación y alegría: vi mi cuarto de la calle San Marcos, especie de altar pagano abierto siempre al escándalo; recordé mis murrias de antaño; las figuras de Gerardo, de Dámaso Carrillo y del marquesito de Lori, pendencieros y libertinos, pasaron en tropel como loca comparsa carnavalesca; Cristóbal Soto también insinuó en la penumbra de los pequeños recuerdos su silueta contrahecha y triste...

—¡Paco, Paco de mi alma...—pensaba yo oyendo llover,—desde entonces cuánta agua han echado las nubes sobre de tí!...

Cuando más absorta me hallaba en estas evocaciones, llegó Felipe Reina acompañado de tres amigos, á dos de los cuales yo no conocía. Todos se sentaron delante de la chimenea y comenzaron á beber del coñac que una doncella acababa de servirnos; yo, entretanto, procuraba mantenerme alejada del bullicio, creyendo que en tal ocasión, más que en ninguna otra, el recuerdo de Narbona era algo muy noble, muy santo, que merecía descansar junto á la memoria de los buenos padres enterrados... El vizconde, buscando tal vez una ocasión para lucir mis habilidades, me presentó una guitarra.

—Anda, niña—exclamó,—alegra esos ojos; quiero que estos señores se formen buena idea de ti.

Le miré sin pestañear.

—Déjame—murmuré secamente,—no tengo ganas de broma.

El insistía.

—Toca, mujer; toca y canta...

Bien á despecho mío no pude contenerme; algo muy trágico y muy hermoso me cegaba.

—¡No!—grité;—hoy hace años que murió el marqués de Lágaro, y esta noche, aquí, en mi casa, no canta nadie...

Y levantando la guitarra la tiré al suelo, con las cuerdas rotas; después me eché á llorar. Felipe y sus amigos, que habían conocido á Narbona, supieron respetar mi dolor y acaso lo admiraron. Cuando el vizconde y yo nos quedamos solos, le abracé rogándole me perdonase aquel arrebato.

—Puedes estar cierta—dijo—de no haberme ofendido: los grandes y generosos movimientos del corazón, sea cual fuere la persona que los inspire, siempre son hermosos.

Mi vida, durante toda esta época, fué deslizándose sin sobresaltos, y es curioso

ver cómo en la novela de las almas vagabundas hay días cuyas emociones no cabrían en un volumen de muchas páginas, como otras veces la historia de varios años no bastaría á llenar un párrafo.

Julio Maldonado había terminado brillantemente su carrera y acababa de cumplir veintitrés años: se hallaba, pues, atravesando esos difíciles momentos en que los jóvenes ambiciosos se cruzan de brazos delante de la vida, no sabiendo cómo atacarla ni qué rumbo seguir. Yo, comprendiéndolo, velaba por él, utilizando en provecho suyo todo mi valimiento y los catorce años de experiencia que, acaso desgraciadamente, nos separaban.

Es original la situación de espíritu en que el vizconde del Pretil adopta para tratar los asuntos de Julio: él que tiene celos de todos los hombres, no se preocupa de Maldonado; yo le he dicho que es sobrino mío y él aparenta creerlo, sin duda por no mostrarse visiblemente atropellado por una pasión contra la que su larga vista comprende que es vano luchar. Julio tiene á los ojos de Felipe Reina la autoridad inapelable de lo consumado, de lo que ha sucedido; y le acepta sin odio, como á un mal necesario, como me soporta á mí, con toda mi historia de errores. Julio vive en una casa de huéspedes de la calle de las Torres y sólo viene á visitarme dos ó tres veces por semana: cuando él y Felipe se encuentran en mi casa, el vizconde le saluda con afectuosidad paternal. Después, si hablo con Reina acerca del porvenir de mi sobrino, para quien anhelo una situación independiente y decorosa, advierto que mi viejo amigo se enternece.

—Eres inmensa—dice,—sólo con una mujer como tú, no se echa de menos la falta de un cielo.

Realmente debo confesarme que, tanto Julio Maldonado como el vizconde del Pretil, son dos caracteres extraños y muy dignos cada cual por su concepto, de observación y estudio.

Julio es un espíritu penetrante, reconcentrado y ambicioso; su concepción es rapidísima, su voluntad desconoce la vacilación y el cansancio; además, y por efecto sin duda de este inmenso dominio que tiene sobre sí mismo, es algo frío: muchas veces he creído que su alma y la del gran Napoleón, debían de parecerse. Cuando le conocí, era un niño. Al pedirle antecedentes de su familia, me dijo sin empacho ni ambages que era hijo natural, lo que me agradó, pues «no avergonzarse del nombre de su padre—como escribió Lamartine — es la nobleza del plebeyo.» Al principio, apenas si osaba mirarme frente á frente.

—Yo—decía—soy para ti un juguete, un monigote agradable que puedes vestir y educar á tu antojo, y con el cual pretendes distraerte. Pero yo jamás llegaré á ti, estamos demasiado lejos el uno del otro; las alegrías que mi amor te proporcione, no son duraderas; tú quisiste á Perico y tu alma fué y será suya perpetuamente.

En aquellos primeros tiempos Julio era el prototipo del chulito limpio, pinturero y travieso, que vive de las mujeres: en pie delante de mí, adivinaba mis pensamientos con sólo mirarme á los ojos, y tenía la discreción supina de marcharse medio minuto antes de empezar á estorbar, para reaparecer cuando yo comenzaba á echarle de menos. Pero, á despecho de su fingida alegría, el infeliz sufría mucho; mis veleidades atormentaban su corazón y aun no tenía edad ni reflexión para comprender que mis vergüenzas eran un mal inevitable: estos sufrimientos los leí, más de una vez, en sus pobres párpados, rojos de llorar. Cuando comenzó sus estudios de segunda enseñanza su carácter dió un paso gigante, que me colmó de júbilo: su ánimo, hasta allí distraído, se apartaba de todo, hasta de mí, para reconcentrarse en sus libros, y este ardor era tan fuerte, que muchas noches, hallándonos acostados, dejaba de besarme para explicarme los límites de Noruega ó decirme cuántos y quiénes fueron los reyes de Aragón. Yo le oía gozosa, pensando en los hijos que nunca tuve y en mi excelente padre que jamás se cansaba de oírme charlar; y como con Pedro Francos ha-

... frecuentemente hube de marcharme á dormir agarrándome á las paredes. (Pág. 218)

dadora de los trasatlánticos. Las relaciones entre los principios ó elementos moral y físico del individuo son innegables: antes mi carácter alegre, obligándome al aseo y al buen vestir, conservaba mi belleza; más tarde, el cansancio de la voluntad precipitó el desplome de mi escultura y la ruina de todas sus gracias: descuidé el peinado; casi nunca me ponía el corsé; mis pies, que llegaron á ser famosos por la pulcritud y excesivo esmero con que siempre los llevé calzados, iban ogaño metidos en amplias botas mal embetunadas...

Consuelito Vera, conociendo mi penuria, me recomendaba el oficio de alcahueta.

—No servimos—decía—para nada mejor.

Aquella mujer, sublime en su desfachatez ó en su inconsciencia, reconocía friamente, casi con alegría, su fealdad y su vejez. Yo protesté; no quería claudicar aún; mi dignidad y mi orgullo rechazaban tanta abyección: el oficio de sobajañi ó zurcidor de albedríos, tal como el apostólico don Pablo Ardémiz lo ejercitaba, era admirable; pero cobrar en dinero el placer de los amantes que nuestros buenos oficios unieron, me parecía lo peor de lo malo, lo más despreciable, lo más ruin en la escala de las humanas miserias.

—¿Te acuerdas de Severina Aguilas? —dije.

Consuelo adelantó el labio inferior con ese movimiento despreciativo que llega á ser inconsciente en los viejos sobre quienes pasaron muchas desgracias.

—En ese espejo—repuso—debemos mi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

rarnos: hay que vivir, sea como fuere...

Para convencerme rebuscó buen golpe de argumentos: Severina y cuantas viejas lumias conocimos en los albores de nuestra carrera, también habían sido jóvenes y á ultima hora tuvieron que ceder el campo á las cortesanas que las nuevas generaciones iban sirviendo en el alegre banquete donde la juventud ríe dejando pasar la copa dorada de la locura de mano en mano. Yo debía imitar aquel ejemplo prudente que ya siguieron otras contemporáneas nuestras: Luisa Luján y Nieves Labarte, protegían con su experiencia á varias cortesanas en boga, á quienes acompañaban, satisfaciendo así su deseo de continuar frecuentando los teatros y de pasear en coche: Clara Tello estableció una mancebía; Leonarda Cadenas, menos feliz, se dedicaba á explotar á las sirvientes, para lo cual, según parece, tenía descomunales habilidad y fortuna.

—¡Y yo!—añadió Consuelo;—¿qué sería de mí si no tuviese dos ó tres amigas muy guapas?...

No se cansaba de hablar: yo la oía impávida, sin dejarme convencer y bebiendo de cuando en cuando largos tragos de aguardiente, holgándome de tener á tan poco precio y tan cerca de mis labios, el remedio de todo dolor.

Por aquella época viví en un piso tercero de la calle Lavapiés: era un cuarto compuesto de cuatro ó cinco habitaciones amuebladas con los restos peores de mi antiguo esplendor: en las paredes ya no quedaban cuadros ni espejos; mi cama era de hierro, en la sala había dos sillones y algunas viejas sillas de terciopelo amarillo, que apoyaban sus retorcidas patas sobre los desnudos suelos: una ráfaga de aire hubiese recorrido toda la casa sin hallar alfombras ni aplastarse contra los cortinajes de ninguna puerta.

Mi vida entonces era pacífica y monótona como una oración: no teniendo criada me levantaba temprano para ir al mercado, comprar las vituallas indispensables y apercibir el almuerzo: mientras el fuego cumplía su cometido abrasando la panza de las cazuelas, yo barría y lavaba lo sucio: por las tardes cosía delante del balcón, pensando siempre que estaba muy sola: en el suelo, cerca de mí, tenía una botella de aguardiente á la que mis ojos dedicaban miradas elocuentes de cariño y agradecimiento; de vez en vez, cuando mi pesadumbre era muy grande, alargaba la mano, cogía la botella y aplicando su boca á la mía, echaba un duradero trago. Por las noches casi nunca cenaba; aquellas repentinas libaciones, abrasándome el estómago, me quitaban el apetito, y frecuentemente hube de marcharme á dormir agarrándome á las paredes, tropezando con los muebles que me cerraban el paso, cayéndome de borracha y de sueño.

Empeñadas todas mis alhajas, veía con indiferencia estulta acercarse el momento de cambiar mi última peseta. Después de tantos años, la miseria y yo volvíamos á encontrarnos frente á frente; yo la temía y, sin embargo, nada hice por rechazarla: mi pobre voluntad estaba rota, mi imaginación ya no podía inspirarme nuevos recursos de defensa. Antes, en mis peores meses de bohemia, me fortificaba la convicción de ser joven: «Tras estos malos tiempos—pensaba mi fe,—otros mejores vendrán.» Por eso la juventud siempre es rica, porque sus bríos y su ilusión son en el mercado de la vida moneda de grande y positivo valor. En cambio ahora comprendo la desesperanza y absoluto decaimiento de la vieja Gregoria, la portera de aquella casa de la calle del Espíritu Santo donde Perico Francos y yo, pasando tantas hambres, fuímos, no obstante tan felices. Ella no esperaba nada del mundo; yo, tampoco. ¿A qué, pues, afanarnos por permanecer en él algunos años más? Mejor era rendirse con esa entrega absoluta del viajero aspeado que cae en medio del camino, y esperar á la muerte tranquilamente, los ojos cerrados, borracho el espíritu en el sahumerio adormecedor de la embriaguez?

¿Quien iba á decirme que el mundo guardase un placer ignorado para mí? De joven yo despreciaba la elocuencia exquisita de las botellas de Burdeos y de Jerez, que me guiñaban desde la mesa del festín con sus ojos acarminados ó amarillos; los excesos de la bebida me asustaban; la alegría iba conmigo; que bebiesen los hipocondríacos, los desdeñados de Momo, los viejos... Y decía bien: la borrachera es el único placer reservado á la ancianidad por el Destino piadoso; los años del amor pasaron, los azares del juego y las molestias de los viajes nos aterran, el estómago gastado rehuye los placeres gastronómicos, el reúma se agarra á nuestras piernas; la familia, sabiéndonos inútiles y previendo nuestro cercano fin, procura acostumbrarse á la idea de perdernos, lo que en una mayoría desoladora de casos logra fácilmente... ¿Qué harán, pues, los pobres viejos para olvidar su poquedad, flaqueza y abandono? ¿Qué harán, si no es beber?... El vino desentumece los músculos y pone acicates á la imaginación; su heroísmo reta á la miseria y á la muerte, su generosidad comprende todas las abnegaciones, su despreocupación acomete todos los peligros, sus divinas espumas se llevan todos los recuerdos. Yo quiero ser borracha, lo necesito; á la embriaguez debo mis únicas horas de paz, y ya que la flojedad de mi atención cerró mis oídos á los ecos del mundo, necesito también ensordecer mi conciencia con el alcohol, para no oir la voz quejumbrosa del pensamiento. Los desilusionados necesitamos para vivir tranquilos, de una doble sordera; no oir lo que dice el mundo, no escucharnos á nosotros mismos. La alegría, de no hallarse en la inconsciencia radiante de la juventud, sólo debemos buscarla en la noche impenetrable de los sordos que se emborrachan, jamás en la penumbra de la reflexión...

A mediados de aquel invierno estuve enferma, aunque no gravemente, y es la única vez que recuerdo haber guardado cama más de cuatro días. Fué una semana muy triste: mi soledad y la falta de reloj alargaban las horas; acordándome de Pedro Francos procuré relacionar los diversos momentos del día con ciertos ruídos: á la una, llegaba el aguador; á las tres pasaba por la calle una mendiga, que, alejándose, arrastraba á lo largo de las aceras una canción doliente... Pronto me aburrieron estas observaciones; pues nada esperaba ni nadie había de ir á verme, ¿qué me importaban las horas? Involuntariamente, mirando desde mi lecho y á través de un ventanuco las pobres ropas que las vecinas de otros cuartos interiores colgaban á secar sobre el ambiente húmedo del patio, comparaba mi soledad presente con los años de mi infancia, tan rodeados de solicitudes. ¡Oh, qué dulces aquellos dolores curados con medicinas que yo bebía por coger el juguete ofrecido á mi obediencia!... Después pensaba en Julio y en la iglesia de San Miguel, esfumando ambas ideas en las gasas grises de mi desilusión.

Una tarde Consuelito Vera fué á visitarme acompañada de un joven mal vestido, pero de continente y ademanes elegantes, á quien yo no conocía: entraron cogiendo la llave que yo tenía la precaución de dejar debajo de la puerta, junto al marco: yo estaba acostada.

—Te presento — dijo Consuelo — á mi amigo... ¿cómo te llamas, tú?

El interpelado sonreía sin contestar. Ella continuó:

—A mi amigo Antonio: eso es: Antonio... ¿Y el apellido?

—Nanquín.

—¡Es verdad!... Nanquín, Nanquín... ¡Es un apellido tan raro! Pero ya no se me olvida: Nanquín, Nanquín...

Consuelo hablaba con la voz ronca y el soez desenfado de las lumias viejas: parecía borracha. Antonio también había bebido. Ella continuó haciendo la apología de su amigo:

—Donde le ves, con esos pantalones de pana, es periodista y poeta... sólo que ahora no trabajas, ¿verdad?

Nanquín, que iba y venía por la habitación midiéndola á largos pasos, repuso:

—Ni ahora, ni nunca.

Consuelo acogió esta contestación con una estrepitosa carcajada:

—¡Eso, chica, eso que él dice!... No le quieren en ninguna parte. Es de los nues-